Juan Moscoso del Prado Hernández

Emprendedores y función empresarial en España

Prólogo de Emilio Ontiveros Baeza

Colección Tablero
INSTITUTO DE ESTUDIOS ECONÓMICOS

Prólogo

Concurren varias reflexiones preliminares junto a la que se supone debería ser central en la elaboración de un prólogo, normalmente destinado a destacar los atributos diferenciales del libro al que acompaña. La más inmediata tiene que ver con mi vinculación con el autor. Conozco a Juan Moscoso del Prado desde su paso por Analistas Financieros Internacionales (AFI), hace ya más de diez años, donde dejó su impronta como buen economista y excelente compañero en los equipos con los que trabajó. Su empeño en realizar la tesis doctoral de la que procede este libro no me sorprendió: a pesar de que sus nuevas ocupaciones profesionales no eran estrictamente académicas, sus inquietudes y su vitalidad intelectual amparaban la posibilidad de que realizara un trabajo como este. Aunque le advertí de las dificultades de culminar una investigación tal, y de las escasas compensaciones convencionales que tendría, su firme propósito acabó imponiéndose.

La elección del objeto de investigación, la función empresarial en España, aunque distante de su formación fundamentalmente macroeconómica, reflejaba la sensibilidad hacia ámbitos relevantes en la conformación no solo de la realidad económica española sino también de la social. Significaba, ante todo, que era consciente de la mayor relevancia que tienen, en una economía como la española, los factores asociados a la calidad de las condiciones de la oferta en comparación con los asociados a la gestión de la demanda. Sintonizaba con la necesidad de mejorar la productividad de la economía española a través del necesario impulso de los factores propiciadores de la generación y de la extensión de la innovación.

La innovación la llevan a cabo, fundamentalmente, las empresas; son éstas las que articulan esa dinámica de progreso que identificó Joseph

Schumpeter. Por ello, la generación de incentivos suficientes para que buenos talentos asuman riesgos y creen empresas es la condición necesaria para que una economía se adapte al cambio, para que emerja la innovación, para que la misma se difunda suficientemente, creando posibilidades; en definitiva, para que la producción de bienes y servicios genere mayor valor. De ser así, también aumentará el bienestar de la población y se acelerará la convergencia real. Nada nuevo, es cierto, desde que el economista austriaco, hace mas de setenta años, ilustrara esa dinámica de «destrucción creativa» que hemos visto reflejada en aquellas economías que hoy lideran el aumento de la renta por habitante a escala global.

La presunción de que en España la capacidad para emprender no ha alcanzado la importancia necesaria, ni la consideración social que merece, es el punto de partida: la inquietud de la que parte la revisión de Juan Moscoso del Prado. Lo hace en un momento oportuno. En primer lugar, porque en la identificación de las distintas razones del débil crecimiento de la productividad del trabajo española y en los elementos que incorpora la denominada productividad total de los factores es donde son más necesarias las mejoras.

La publicación del trabajo de Moscoso coincide también con un renovado interés, en la agenda investigadora, sobre la capacidad para emprender dentro y fuera de España. El dominio de las perspectivas historicistas empieza a ser compartido con los análisis de las condiciones sociales e institucionales, de la mano, en no pocos casos, de la renovada atención que se ha prestado a las instituciones en la determinación del crecimiento económico y, en concreto, del bienestar y del aumento en la renta por habitante. A ello no ha sido ajena la contribución de nuevas empresas a la extensión de la discontinuidad tecnológica constituida por las Tecnologías de la Información y de la Comunicación, por el impacto de las mismas en diversos ámbitos de la actividad económica y social. La expansión de los «start-ups», la extensión de las modalidades de financiación mediante capital riesgo o la creación de «clusters» en torno a los centros generadores de conocimiento, son algunas de las manifestaciones de esa explosión en la capacidad para emprender en las economías nacionales que hoy encabezan las clasificaciones de competitividad y de bienestar.

Está en lo cierto Juan Moscoso del Prado al afirmar que el retraso que exhibe la capacidad para emprender en España no puede explicarse recurriendo a factores singulares, genuinamente españoles, aun cuando se perciban rasgos culturales bien enraizados que no propician, precisamente, el apetito por el riesgo. La revisión que se hace en el libro apunta a las limitaciones del modelo de crecimiento de la economía española y, dentro de ellas, del papel jugado por el Estado en la economía. En la medida en que ese modelo ha ido evolucionando, de la mano de una notable apertura y de la homologación institucional asociada a nuestra integración europea, han ido emergiendo señales suficientemente visibles de un cierto resurgimiento empresarial. Es una legitimación de la función empresarial, de todo punto necesaria para conseguir la asignación deseable de talentos que asuman riesgos, en la que William J. Baumol localiza el germen de la innovación y de la modernización económica.

Una tercera reflexión viene de la mano de la condición de diputado que Juan ya mantenía cuando concluyó su tesis. Que sea un político socialista en ejercicio el que aborde el estudio de la función empresarial en España es, en sí mismo, un exponente de esa transformación que ha experimentado la sociedad española. Se legitima adicionalmente esa dimensión de los emprendedores como agentes de progreso, catalizadores de los cambios históricos, como también defendía Schumpeter.

Las últimas palabras han de ser para recomendar la completa lectura del libro, si algún lector ha optado por iniciar esa revisión por el prólogo, y, desde luego, felicitar a su autor, deseándole, al mismo tiempo, que su andadura política no le haga perder esa curiosidad intelectual que hasta ahora le ha caracterizado.

EMILIO ONTIVEROS BAEZA
Catedrático de Economía de la Empresa
Universidad Autónoma de Madrid